

Santa Colomba, limitándose á hacer adelantar su vanguardia hasta Marcigliana; y el 28 hizo alto en Castel-Giubileo, distante sólo nueve kilómetros de la capital. Parecía como que vacilase en empeñar el supremo combate: ¿era timidez ó falta de genio, desconfianza en sus propias tropas más indisciplinadas que aguerridas, temor á los soldados del papa que en realidad no eran tan despreciables como algunos se complacían en decir? En aquellos mismos días llegaban á su campamento agentes de Víctor Manuel anunciándole la intervención de Francia, exponiéndole las complicaciones que podrían sobrevenir y suplicándole que condujera de nuevo á sus fuerzas al otro lado de la frontera; y estas exhortaciones, aunque desatendidas, eran muy á propósito para debilitar sus ímpetus. El 29, los garibaldinos llegaron al Teverone, afluente del Tíber que desemboca en éste á cuatro kilómetros al Norte de Roma; pero en vista de que el puente Salarío estaba roto retrocedieron. El 30, un nuevo movimiento ofensivo les llevó hasta las orillas del río; mas como si se asustaran de su propia audacia, y comprendiendo, por otra parte, que todos los pasos estaban guardados, se retiraron á Monte-Rotondo.

Mientras Garibaldi se entretenía en los alrededores de Roma, la escuadra, aunque retrasada á causa del mal tiempo, se acercaba á las costas italianas y entraba, el 29 de octubre, en Civitavecchia. El general Faily, general en jefe del ejército expedicionario, hubiera querido, antes de que sus hombres desembarcaran, esperar una nueva orden telegráfica del emperador; pero, á instancias del vicealmirante Gueydón, el desembarco empezó en seguida. El 30, la vanguardia francesa, mandada por el general Polhés, entró en Roma, al mismo tiempo que salían de Tolón nuevos refuerzos para completar el cuerpo expedicionario que debía componerse de dos divisiones. Además una tercera división de reserva, reunida en las costas de Provenza, estaba dispuesta á embarcarse en cuanto recibiera orden de hacerlo.

X

Aquella expedición era la salvación para la Santa Sede; pero ¿no sería quizás para Francia y para Europa señal de nuevas complicaciones? Ya hemos visto los infatigables esfuerzos intentados por los amigos de Italia para evitar ó aplazar la intervención imperial. Ni las órdenes de embarque transmitidas á Tolón, ni los telegramas que anunciaban la salida de la escuadra, habían destruído por completo las esperanzas, y á pesar de todos los síntomas contrarios, habían proseguido las instancias tan atrevidas como tenaces. El 27 de octubre, viendo la impotencia de Cialdini, fué llamado para constituir ministerio el general Menabrea, hombre de orden y resueltamente hostil á toda complacencia revolucionaria. Al saberse su designación, aquellas instancias se reprodujeron con mayor energía: el gobierno de Florencia no pedía otra cosa que cumplir sus compromisos con el emperador; se adoptarían medidas rigurosas para impedir el reclutamiento de los voluntarios y su paso á través de la frontera; y seguramente se disolverían en breve plazo las partidas. Así hablaba el Sr. Nigra al Sr. de Moustier. Aquel día el marqués Pepoli celebró una larga conferencia con el Sr. Rouher, y

por la noche redactóse una proclama real que desautorizaba toda tentativa anárquica y llamaba á las filas del ejército á todos los que habían penetrado en las provincias pontificias. Aquel lenguaje, empleado treinta y seis horas antes, habría impresionado, y una nueva contraorden, esta vez decisiva, habría detenido nuestra escuadra en las costas de Provenza; pero nuestros buques navegaban ya en pleno Mediterráneo y fuera del alcance de los semáforos. Así es que el Sr. Rouher, bien que suavizando sus palabras con la expresión de los más corteses sentimientos de disgusto, notificó al Sr. Pepoli las voluntades de su gobierno que no podía dejar protestar su firma ni detener la expedición que ya había partido. Al mismo tiempo se hallaba á la vista de la isla de Elba é iba á llegar de un momento á otro á Civitavecchia. Entonces, no esperando ya nada de sus gestiones, tomó una determinación atrevida, casi temeraria; puesto que las tropas francesas penetraban en los Estados de la Santa Sede, también él pasaría la frontera, y ora en son de protesta, ora para asegurarse garantías, ocuparía algunos puntos del principado pontificio. En un telegrama al Sr. Pepoli, el rey se esforzó en justificar sus propósitos, invocando para ello la sobreexcitación de los ánimos y las exigencias de la opinión pública: «Rogad al emperador, añadía, que crea en mi buena fe y en mi amistad, pero que se haga cargo de las terribles dificultades con que lucho (1).» El 30 de octubre, la *Gaceta oficial* de Florencia publicó aquella trascendental resolución, anunciando que las tropas reales iban á ocupar, en las fronteras, Acquapendente, Civitá-Castellana, Orte y Frosinone.

Las complicaciones italianas iban tomando el aspecto de embrollo. En aquel pequeño Estado, de *dimensión homeopática*, como decía en son de broma Pío IX, iban á maniobrar cuatro ejércitos: el del soberano legítimo con el general Kanzler, el de la Revolución con Garibaldi, el de Francia con el general Faily y, por último, el de Víctor Manuel. Aquella confusión no sólo era extraña, sino que además estaba preñada de peligros. Hallándose tan cerca unos de otros y animados de intenciones tan diversas, ¿no se transformarían en enemigos los antiguos aliados de Magenta y Solferino? En realidad de verdad, el gabinete de Florencia ponía gran cuidado en protestar contra toda idea provocadora: en efecto, apenas llegado el general Faily á Civitavecchia, enviósele un oficial de estado mayor para fijar amistosamente las posiciones respectivas; y al decir de los ministros de Víctor Manuel, sólo ocuparían los puntos inmediatos á la frontera con el único objeto de cooperar al mantenimiento del orden y respetando las autoridades existentes. Pero fuesen cuales fueren aquellos sentimientos, no era posible mirar sin inquietud tantos cuerpos distintos codearse en tan reducido espacio. Los italianos, respetuosos con la bandera tricolor, observarían la misma reserva respecto de los pontificios? ¿Y qué haría Francia en caso de un choque, aunque éste fuese fortuito? La paz estaba á merced de una mala inteligencia, de una imprudencia, de un incidente, y aumentaba el peligro el gran descontento que excitaba en París la reciente resolución italiana, que el Sr. de Mous-

(1) Véase Masari, *La vita ed il regno di Vittorio-Emmanuele II*, pág. 473.—Véase también *Papiers des Tuileries*, páginas 185-187.

tier, abandonando su moderación habitual, calificaba de «contraria al derecho de gentes (1).» Y aun la prensa oficiosa dejaba atrás esta apreciación rigurosa del ministro: «Italia, decía el diario *La Patrie*, había de escoger entre la Francia y la Revolución, y se ha quedado con esta última (2).»

En tan intrincada situación, cuanto más se precipitara el desenlace, tanto menores serían las ocasiones de batallón de la legión de Antibes, de un escuadrón de dragones y de una sección de artillería. Este cuerpo, conflicto, y la conducta más enérgica había de ser tam-

En la noche del 3 de noviembre se formó una columna pontificia compuesta de dos batallones de zuavos, de un batallón de carabineros extranjeros, de un que constaba de unos tres mil hombres, se puso á las órdenes directas del general Courten y bajo el mando supremo del general Kanzler, y á él se unieron algunos voluntarios de elevada condición, entre ellos el conde de Caserta, hermano del rey de Nápoles. El general Faily, por su parte, había reunido cinco batallones de infantería, un escuadrón de cazadores y una batería de artillería, es decir, una brigada de unos dos mil hom-



El general Faily

bién la más prudente. Lanzarse sobre las partidas y aplastarlas rápidamente era el mejor medio de localizar la lucha, de simplificar las complicaciones y de impedir que una obra de represión se convirtiera en una gran guerra. En 1.º de noviembre, el general Kanzler fué á Civitavecchia y conferenció con el general Faily, sometiéndolo á su juicio un plan de acción. El comandante en jefe francés habría esperado gustoso á que hubiesen desembarcado todas sus fuerzas, que aún no estaban completas; y acaso también conservaba en su ánimo huellas de las vacilaciones del emperador que sólo de mala gana se prestaba á la empresa, y hubiera quedado muy reconocido á quien le hubiese librado de la responsabilidad de la misma; pero ante la insistencia del ministro de Pío IX, convino en que el ejército pontificio marcharía sin tardanza sobre el enemigo, en tanto que los franceses con una parte de sus tropas ocuparían Roma y Civitavecchia y con el resto apoyarían el movimiento de las fuerzas del papa.

(1) Despacho de 1.º de noviembre de 1867 (*Documents diplomatiques*, pág. 104).

(2) *La Patrie*, 1.º de noviembre de 1867.

bres, cuyo mando confió al general de Polhés. Los pontificios habían solicitado y obtenido el honor de ir delante, y á las cuatro de la mañana los zuavos, que formaban la vanguardia, salieron de Roma por la Puerta Pia y emprendieron la marcha por la *vía Nomentana*, ancha calzada que los turistas conocen perfectamente porque por ella es por donde van á visitar la antigua basílica de Santa Inés. Una lluvia abundante que había caído durante toda la noche y que todavía continuaba, había mojado los caminos y dificultaba la marcha. Era aún de noche cuando aquellas tropas pasaron el Teverone, ó sea el antiguo Anio; al amanecer aclaróse el firmamento, y el sol, rasgando las nubes, anunció un hermoso día. Los soldados hicieron alto en Capo-Bianco, pequeña aldea distante doce kilómetros de Roma: allí se encendieron grandes hogueras para secar las ropas; se preparó el café, y como era domingo, un sacerdote celebró al aire libre el divino sacrificio. Tocaba la misa á su término cuando la brigada francesa, que se había puesto en marcha poco después que los cuerpos pontificios, se reunió con éstos. Todas las miradas estaban fijadas hacia el Nordeste y hacia la región

montañosa de la Sabina en donde los expedicionarios iban á penetrar: allí, en medio de las estribaciones que descendían hasta el Tíber, alzabase Mentana y detrás Monte-Rotondo, grandes aldeas protegidas por macizas construcciones de piedra y situadas en territorio lleno de barrancos, de sotos y de olivares. Allí estaba Garibaldi.

En el campamento del *condottiere*, los días últimamente transcurridos habían sido días de gran perturbación, de mensajes desagradables y de alarmas: la esperanza, durante tanto tiempo acariciada, de una sublevación en Roma habíase desvanecido; de las partidas que operaban al Norte y al Sur, á las órdenes de Acerbí y de Nicotera, se recibían muy pocas ó ninguna noticia; y el desembarco de los franceses, del que muy pronto se tuvo conocimiento, había disminuído las probabilidades del triunfo. Muchos voluntarios abandonaban las filas, y para justificarse á sí mismos, acusaban al gobierno de traidor y á su propio caudillo de inepto; y á todo esto llegaban continuamente mensajeros de Florencia suplicando que el ejército revolucionario renunciara á la lucha y se retirara detrás del ejército real. Sin embargo, Garibaldi, por aventurada que fuese su suerte, se rebelaba contra tan tímidas advertencias, y en la madrugada del 3 de noviembre preparó, según se asegura, un movimiento sobre Tivoli, con el propósito de reunirse desde allí con sus lugartenientes y, en caso de que todo se perdiera, penetrar en los Abruzzos. En aquel mismo momento sus exploradores le indicaron la proximidad de los enemigos.

Con gran presteza adoptó sus disposiciones: aparte de las piezas tomadas en Monte-Rotondo, carecía de artillería y su caballería reducíase á algunos guías. En cambio, y á pesar de las recientes deserciones, contaba todavía con más de nueve mil hombres, lo que le aseguraba una importante superioridad numérica sobre sus adversarios; y si bien entre aquéllos había no pocos bisoños, cobardes é inexpertos, otros procedentes del ejército regular ó veteranos de las pasadas guerras habían de proporcionarle excelentes medios de resistencia. La principal ventaja de Garibaldi era la posición que ocupaba: los dos antiguos castillos de Mentana y de Monte-Rotondo constituían verdaderas fortalezas, y además el territorio inmediato á ellos, con sus accidentes, sus desfiladeros y sus malezas le ofrecería numerosos abrigos para la defensa, y en caso de un movimiento retrógrado, muchos escalones para la retirada.

A eso de la una, los zuavos, siempre en primera fila, comenzaron á escalar las laderas que se alzaban á derecha é izquierda del camino; y cuando una distancia de mil quinientos á mil ochocientos metros les separaba todavía de Mentana, que era el objetivo de su ataque, aparecieron los tiradores garibaldinos, fáciles de reconocer por sus camisetas encarnadas. Comenzó entonces el tiroteo, que muy pronto se hizo muy nutrido; á pesar de los obstáculos, los asaltantes lograron ganar los primeros escarpes. Aumentó el fuego y los pontificios se detuvieron y durante cortos instantes parecieron vacilar; mas en aquel momento el teniente coronel del regimiento, Sr. de Charette, que tanto valor había de desplegar en aquella jornada, encaróse con sus soldados, exclamando: «¡Adelante, y á la bayoneta! Si no venís, iré yo solo.» Ante esta exhortación, los soldados

continuaron su marcha y rápidamente ocuparon las eminencias más próximas.

Tal fué el primer episodio del combate. Sin embargo, á la derecha del camino alzabase una granja en medio de un cercado plantado de cepas: era la *Vigna Santucci*, construcción de materiales muy sólidos que ofrecía á los garibaldinos un puesto avanzado desde donde podrían contener á los invasores y defender las inmediaciones de la población. Los zuavos, apoyados por los carabineros extranjeros, se lanzaron contra aquel recinto tapiado, y los garibaldinos, contrariamente á lo que se esperaba, cedieron en su resistencia como si el arrojó de sus adversarios les hubiera desconcertado; esto no obstante, refugiáronse en la granja y en ella se defendieron valerosamente. Llovían las balas sobre los asaltantes; el capitán de Veaux, un veterano de Castelfidardo, había sido muerto, y el teniente coronel Charette, que siempre estuvo en medio de los suyos, había caído debajo de su caballo, al que habían alcanzado varios proyectiles. Al pronto creyósele muerto, y la consternación que produjo su supuesta pérdida sólo pudo compararse con la alegría que reinó entre las tropas al verle levantarse ileso. Después de un combate muy encarnizado, aunque muy corto, la granja fué tomada y ocupada toda la *Vigna Santucci*. Eran poco más de las dos y los pontificios estaban á un kilómetro de Mentana.

Los combates que siguieron no ofrecen sino un conjunto muy confuso de posiciones tomadas y de nuevo pérdidas, de ataques algo desordenados, de luchas muy reñidas seguidas de ratos de calma. Los zuavos eran los que más sufrían y al lado de ellos los carabineros no les cedían en valor. Los pontificios se apoderaron de un convento, luego de varios hornos de cal, y de este modo fueron acercándose á la población; pero cuando más avanzaban, tanto mayor era el peligro, pues los garibaldinos estaban protegidos por los edificios de la aldea. Los asaltantes se resguardaron detrás de las hacinas que había diseminadas por el campo, y pasando de una á otra trataron de llegar á las primeras casas de Mentana. Derramóse mucha sangre sin que se consiguiera avanzar de una manera apreciable; los carabineros viéronse por un instante cogidos entre dos fuegos y llegó á temerse que el enemigo los copara; pero les salvó su valor y también la oportuna llegada de un refuerzo. En el entretanto, los garibaldinos se apercebían para efectuar una salida con numerosas fuerzas y rechazar á sus adversarios. Eran las tres y media, y en aquella estación faltaba poco para que anocheciera. Aunque el ejército pontificio había obtenido hasta entonces la victoria, importaba prevenir cualquier cambio de fortuna y apresurar el desenlace; entonces fué cuando el general Kanzler pidió el concurso de sus aliados.

Habían éstos permanecido en segunda línea representando un papel casi pasivo; llegado el momento de la acción decisiva, se dividieron en dos columnas: la primera, compuesta de un batallón del 1.º de línea y de tres compañías de cazadores de á pie y puesta á las órdenes del coronel Fremont, acudió en auxilio de la derecha de los pontificios; la segunda, formada por un batallón del 29.º, al mando del teniente coronel Sausier, dirigióse hacia la izquierda y tomó posiciones al

Sur de la aldea. En aquel instante, los garibaldinos, queriendo recuperar el terreno perdido, salían de Mentana, mientras llegaba de Monte-Rotondo una fuerte columna. La energía y la disciplina de nuestros soldados habrían asegurado indudablemente por sí solos la victoria; pero, además, la superioridad de su armamento era tal, que apenas tuvieron necesidad de ser valientes. Llevaban fusiles *Chassepot*, del nombre de su inventor, y ante el fuego de aquellas armas de precisión los garibaldinos comenzaron á flaquear; muy pronto el miedo se convirtió en pánico y entonces se desbandaron perseguidos en su retirada por las balas terribles que les alcanzaban á larga distancia causando crueles bajas en sus filas. En esto, una columna de zuavos pontificios, que por la mañana había salido de Roma por la vía Salaria á las órdenes del comandante Troussures, apareció en el flanco derecho y amenazó envolverlos. La mayor parte de los garibaldinos huyeron á Monte-Rotondo; los demás se refugiaron en Mentana.

La toma de aquella aldea habría completado la victoria, pero la noche, que se echaba encima rápidamente, no permitió realizar este último esfuerzo. Franceses y pontificios vivaquearon juntos en el terreno conquistado. Un mensaje algo ambiguo expedido á Roma y transmitido á la embajada de Francia engendró el temor de que el triunfo no fuera definitivo, y á consecuencia de ello, el general Dumont salió durante la noche con refuerzos de infantería y de artillería; pero el socorro fué inútil porque en la madrugada del 4 de noviembre, cuando los pontificios y los franceses se disponían á reanudar el ataque, vióse ondear en Mentana la bandera blanca. Ocupada aquella población, los vencedores avanzaron sobre Monte-Rotondo, que había sido evacuada, y volvieron á izar en ella la bandera pontificia. El suelo estaba cubierto de fusiles que los garibaldinos habían abandonado y de los que se recogieron hasta dos mil; en algunos sitios, bastantes disidentes muchos de ellos del campo de la acción principal, se encontraron cadáveres y se recogieron heridos: eran las víctimas de los *chassepots*, cuyo alcance, tan sobrepujado después, era entonces motivo de asombro.

El ejército revolucionario se había disuelto: los garibaldinos dejaron en el campo de batalla un millar de hombres entre muertos y heridos, cifra enorme que en parte se explica por el efecto mortífero que las armas francesas causaron al final de la jornada, y tuvieron además mil quinientos ó mil seiscientos prisioneros. Los que escaparon fueron detenidos en la frontera y desarmados por las autoridades italianas. El Padre Santo vióse, pues, libre de las partidas revolucionarias y también de las tropas reales, que en 5 de noviembre evacuaron los puntos ocupados, volviendo á ser de pronto soberano pacífico de todo su pequeño principado. Pero estos resultados habían costado sensibles sacrificios: los más castigados fueron los zuavos y los carabineros, cuerpos que sobre un efectivo muy reducido tuvieron ciento treinta hombres fuera de combate y soportaron más de los dos tercios de la pérdida total.

El día 6 de noviembre regresaron los aliados á Roma. Los amigos del papa habían recobrado el valor, y sus enemigos aplazaban sus esperanzas. Los excesos de los garibaldinos habían contristado á todas las almas honradas; por esto fueron aclamados los vencedores.

«Fué aquel, escribió el Sr. Armand, el último rayo de sol del poder pontificio.» El cardenal Antonelli, no acostumbrado desde hacía mucho tiempo al éxito, encantado del reciente triunfo, y tanto más agradecido al socorro cuanto más había temido verse abandonado, visitó al encargado de negocios de Francia, le felicitó, como se felicitaba á sí mismo y no se cansaba de expresar su gratitud al emperador: nunca hubiera podido presumirse aquel entusiasmo en un hombre tan frío y generalmente tan reservado como el cardenal. De París llegaban ya despachos que recomendaban al gobierno pontificio la clemencia después de la victoria; pero por fortuna el consejo era superfluo, pues el único afán del cardenal Antonelli fué investigar el origen de los prisioneros garibaldinos, hacer constar que eran extraños al Estado romano y demostrar que la sublevación era obra, no de la población indígena, sino de conspiradores cosmopolitas. Por lo demás, no hubo ningún rigor ni represalias, nada que fuese venganza ó reacción; únicamente dos criminales detestables llamados Tognetti y De Monti, principales autores de la explosión del cuartel Serristori, fueron condenados á muerte y ejecutados. Sin embargo, en medio de la seguridad reconquistada, una profunda tristeza llenaba el alma excelente de Pío IX, el cual, á pesar de haberse visto obligado á recurrir á las armas, no se perdonaba la sangre que por él se había derramado. «Ayer, 8 de noviembre, dice el Sr. Armand en una de sus cartas, el Padre Santo mandó celebrar capilla pontificia en el Vaticano, en memoria de los soldados muertos en defensa de su trono. Los estados mayores y los oficiales de los dos ejércitos asistieron á la ceremonia, á la que también concurrí con el personal de la embajada. Cuando el papa quiso rezar las últimas preces, embargóle la emoción, las lágrimas ahogaron su voz y la oración quedó sin terminar.»

XI

Tal fué la intervención francesa, ó sea, empleando el lenguaje de los contemporáneos, la segunda expedición de Roma, que señaló el último éxito de la política antigua, de la que durante tanto tiempo había reinado en absoluto. Después de la derrota de las partidas, la revolución queda vencida en Italia y también, aunque por poco tiempo, intimidada en Europa. El año 1867 es, bajo muchos conceptos, el reverso de 1860. El gobierno de Florencia se ve obligado á desarmar á aquellos á quienes subrepticamente ha ayudado; más aún, evacúa las posiciones de Viterbo y de Frosinone con la misma prisa con que en otro tiempo invadía las Marcas y la Umbría; y no es esto todo, sino que al atravesar Italia para regresar á Caprera, es detenido Garibaldi en Figline y conducido á Varignano. Y el Sr. de Sartigues y el Sr. de Malaret, aquellos embajadores que habían estado ausentes durante la tormenta, pueden regresar á sus puestos ya que todo está pacificado.

En aquel tiempo pudo observarse que se hacían visibles esfuerzos para reanudar la alianza entre el clero y el imperio, y á la vista tengo varias cartas episcopales que reflejan un curioso renacimiento de confianza hacia Napoleón. En el entretanto, el ministro del Interior, Sr. de La Valette, muy partidario de la política

italiana, fué reemplazado por el Sr. Pinard, que era no sólo favorable á las ideas religiosas, sino además católico ferviente, siendo este cambio en el alto personal del gobierno interpretado como indicio de los sentimientos del soberano. En muchas ciudades celebráronse funerales en sufragio de los muertos en el campo de batalla, y á estas ceremonias se asociaron los hombres de los antiguos partidos, aunque sin pretender convertir las manifestaciones como había sucedido en los tiempos de Castelfidardo. Y los obispos en su mayoría unieron al elogio de las víctimas el del gobierno francés, empleando un lenguaje, si no entusiasta, agradecido. Sin embargo, el emperador, que sólo en último extremo había embarcado sus tropas y que temía inclinarse á la derecha, tenía prisa por repatriar sus regimientos; así es que el *Monitor* del 12 de noviembre anunció el próximo regreso de los mismos. Además se propuso la reunión de una conferencia europea para resolver de una manera definitiva la cuestión romana. Los católicos, al conocer estas dos noticias, vieron turbada su alegría por cierta ansiedad, pues la evacuación les parecía demasiado pronta, y en cuanto á la conferencia, temían las intrigas de Italia, la indiferencia de Inglaterra y la mala voluntad de Rusia, que desde la cuestión de Polonia estaba muy irritada contra el papa. En estas circunstancias, vino en su ayuda el Cuerpo legislativo, imponiendo al gobierno declaraciones que habían de encadenarlo.

¿Cómo la Cámara, creada para la obediencia, llegó á adoptar una actitud tan resuelta? A esto contestaremos que realizó esta osadía sin darse cuenta de ello, por la evolución natural de los debates. Este epílogo de la cuestión italiana merece ser relatado.

Habíanse anunciado dos interpelaciones sobre la cuestión romana: una en nombre de la izquierda, que combatía la política imperial, y otra por el Sr. Chesnelong y sus amigos, que aplaudían la reciente expedición, pero aspiraban á provocar promesas públicas para el porvenir. Ambas interpelaciones se acumularon y el debate comenzó en 2 de diciembre. Julio Favre invocó el principio de no intervención y el Sr. Chesnelong explicó el programa de los católicos; y el día 4 de diciembre Thiers subió á la tribuna. Todo en aquellas circunstancias daba mayor autoridad á su palabra, pues los sucesos del año anterior, al justificar sus tristes previsiones, habían fortalecido su fama de sabio y prudente. Había defendido ya en el Palacio Borbón la causa de la Santa Sede y todos recordaban cuán brillante había sido su defensa. Sus aliados naturales eran los diputados del centro izquierdo y los del tercer partido; pero ahora los propios miembros de la mayoría fueron sus cómplices. Sabido es cuán adictos eran éstos á los principios de equilibrio territorial y de conservación social y religiosa; pero á veces disimulaban sus pensamientos más por su afición á la estabilidad que por servilismo, ya que combatiendo al soberano temían conmovér el trono, y preferían parecer ciegos á parecer insubordinados. Aquel día, en vista de que Thiers exponía sobre los asuntos italianos una política que, á lo menos en apariencia, se aproximaba mucho á la del emperador, creyeron que las muestras de asentimiento no tendrían nada de facciosas, y una vez colocados en esta pendiente, se envalentonaron, quizás inconscientemen-

te, pensaron no sólo en Italia, sino también en el resto de Europa, y su aprobación fué tanto mayor cuanto más reservados se habían mostrado hasta entonces. El ex ministro de Luis Felipe, que era el más listo de todos los parlamentarios y el más hábil para percibir los incidentes más insignificantes, se percató de aquella disposición del auditorio y se aprovechó cuanto quiso de ella, de tal manera que al terminar su discurso hubiérase dicho que era, no un orador de oposición que manejaba una Cámara desconfiada ó rebelde, sino un jefe de gabinete que dictaba sus voluntades. Aquel espectáculo por sí solo ya era singular, pero lo fué más aún el que se ofreció después. Un debate de tan altos vuelos requería la intervención del ministro de Estado Sr. Rouher, el cual no tenía más que un medio para robarle el triunfo y era ir más allá que él y apropiarse todo aquello que la mayoría había aplaudido; así es que, descendiendo de las generalidades que su rival se había complacido en exponer, trazó con indignación vehemente el cuadro de las intrigas revolucionarias allende los montes. A nadie perdonó, ni á Garibaldi, ni á Rattazzi, ni al mismo rey contra el cual lanzó algunos dardos muy atrevidos; y cuanto más enérgica era la reprobación, tanto más fuertes sonaban las aclamaciones. Fué aquello una especie de curioso *crescendo*: Thiers había picado en su amor propio al Sr. Rouher y éste procuraba dejar atrás á su contrincante, y la mayoría á su vez excitaba al ministro y con sus aplausos le inducía á forzar el programa imperial. El ministro, sin embargo, intentaba de cuando en cuando refrenarse, porque la política del soberano, toda ella de temporizaciones y de concesiones hábiles ó tenidas por tales, no se avenía con aquel arrebato; de aquí que más de una vez el orador oficial buscara un punto de parada en su arenga tratando, por decirlo así, de echar el ancla en plena marcha. En aquellos momentos de calma, aventuraba declaraciones conciliadoras, alababa la moderación del nuevo ministerio italiano y hasta fingía la esperanza de un acuerdo entre Víctor Manuel y Pío IX; pero entonces la asamblea se enfriaba de pronto y aquel repentino silencio, que contrastaba con las emociones apenas calmadas, tenía algo que desconcertaba é imponía, y el que tantas veces había dirigido la Cámara acabó por abandonarse á la corriente. La política que se desenvolvió en la tribuna no fué la del soberano ni tampoco la del ministro que, en realidad de verdad, no tenía doctrina propia, sino que fué la de la mayoría que, de subordinada, se convertía en dominadora y que sólo aclamaba las palabras que ella misma inspiraba. ¿Qué más hemos de decir? De desviación en desviación, el orador oficial acabó por olvidarse de todo, incluso de ser equívoco, y entonces se escaparon de sus labios aquellas palabras memorables: «Jamás Italia se apoderará de Roma; jamás tolerará Francia tamaña violencia cometida contra su honor, cometida contra el orbe católico.» Después de haber desarrollado esta tesis, el Sr. Rouher abandonó la tribuna agotado por el esfuerzo que había realizado y en medio de grandes aplausos. Pero ¿á quién se aplaudía? ¿Al ministro? ¿No era más bien la mayoría que aplaudía el eco de su propia voz? Y la mayoría misma ¿á quién obedecía más que á aquellos á quienes se había llamado y se continuaba llamando desdeñosamente los par-

lamentarios? Bien claro se vió cuando se hubo sentado el Sr. Rouher. Entre los diputados católicos, entre los representantes del tercer partido y del centro izquierdo, la alegría mezclábase con un sentimiento de inquietud; con el triunfo crecieron las exigencias y el deseo de poner término á las incertidumbres, y así fué que mientras se extinguían los aplausos, el Sr. Berryer se acercó al Sr. de Moustier y al Sr. Rouher y les preguntó: «Con la palabra Roma ¿queréis referiros sólo á la ciudad ó á todo el territorio pontificio?—Nos referimos á todo el actual territorio,» respondieron los ministros. Y para que el compromiso fuera completo, el Sr. Rouher, conducido por Berryer, volvió á subir á la tribuna á fin de repetir públicamente lo que acababa de decir, terminando con este incidente la sesión. «¿Para qué la conferencia?, decía poco tiempo después Bismarck. El Sr. Rouher, en vez de someternos un programa, ha resuelto la cuestión (1).» De esta misma opinión fueron todos los diplomáticos (2) y también los católicos de Francia, quienes hicieron notar, no sin cierta satisfacción, el fracaso del proyecto. Al día siguiente de aquella memorable jornada, cuando monseñor Dupanloup se dirigía muy temprano al hotel de la plaza de San Jorge para dar las gracias á Thiers, éste fué á su encuentro y, estrechándole la mano con efusión, le dijo: «¡Vamos! La conferencia es inútil.» Y añadió aún con más confianza: «El papa está salvado (3).»

Aquella exclamación era sincera; pero, ¿la habría repetido Thiers á sangre fría? Desgraciadamente nada estaba salvado, ni el papa ni el emperador. Ya he dicho de qué cambio fué síntoma la expedición de Mentana. Esta orientación nueva, por un momento muy concreta, ¡cuán pronto se tornó obscura é indecisa! En las Tullerías dos partidos se disputaban la influencia, los católicos y los italianísimos; un día triunfaron los católicos, á lo menos tanto como, dado el carácter del emperador, podían lisonjearse de triunfar, y nuestros buques salieron de Tolón, nuestras tropas desembarcaron en Civitavecchia, y nuestras armas, que no venía mal ensayar, fueron probadas contra las partidas revolucionarias. Italia retrocedió, consolidóse la situación del papa, el Cuerpo legislativo hizo lo demás, y lo que era simplemente intervención resuelta sin grande entusias-

mo, tomó en boca del ministro de Estado los caracteres de reacción triunfante. En el fondo, todo ello fué un episodio muy memorable, más bien que un síntoma de un cambio de conducta duradero. Y bien considerado todo, ¿era posible un cambio, dada la situación á que se había llegado? Habiendo hecho á Italia grande, y no contento con esto, habiéndole á sabiendas preparado al Norte un aliado más grande que ella, el emperador no podía elegir sino entre diversas contrariedades: si dejaba en completa libertad á su antigua cliente, disgustaba á los católicos, rompía un pacto reciente y asumía á los ojos del mundo entero la responsabilidad del derecho violado; y si, por el contrario, ratificaba el *jamás* pronunciado por el Sr. Rouher, borraba con ello toda señal de los antiguos servicios y la única cosa negada debilitaría ó haría importuno el recuerdo de todo lo concedido. Una y otra política eran demasiado absolutas para el alma indecisa y fatigada de Napoleón, el cual, al día siguiente de la sesión del 4 de diciembre, había felicitado al Sr. Rouher por su «hermoso discurso,» pero añadiendo con bondadoso acento este reproche: «En política nunca debe decirse *jamás* (4).» Una vez terminada la expedición de Mentana, ingenióse el emperador para trazarse un camino á igual distancia de los dos rivales, guardando consideraciones al papa, á quien quería proteger, y á Víctor Manuel, á quien se lisonjeara de conservar á su lado; y á orillas del Arno procuró dulcificar las palabras ásperas de su ministro (5), mientras dejaba á orillas del Tíber algunos batallones en testimonio de patronato. La habilidad no pasó de mediocre, y mediocre fué también el resultado: en Florencia se consideró poco seguro al amigo; en Roma se vió demasiado que el protector lo era á su pesar. Tal era la desastrosa consecuencia de un error que, nacido en la primera parte del reinado, había de hacer funesto el final del mismo. Y, sin embargo, mirando únicamente el episodio de Mentana, ¿quién podría, sin pecar de temerario, reprobar la intervención de 1867? Sin duda fué una desgracia enajenarse las simpatías de Italia precisamente cuando se la había hecho temible; pero si después de haber abandonado en 1866 la causa del derecho antiguo hubiese el emperador abandonado á sus propios súbditos católicos; si hubiese dejado protestar su firma; si hubiese tolerado sin sorpresa y á sangre fría un segundo Castelfidardo, ¡cuánto mayor no habría sido el daño moral!, ¡cuán irremparable no habría sido el descrédito!

(1) Despacho del Sr. de Launay al general Menabrea, 20 de diciembre de 1867 (*Documenti concernenti gli affari di Roma presentati dal ministro degli affari esteri nella giornata del 20 mars 1869*).

(2) *Documenti diplomatici concernenti gli affari di Roma* (Véase *Parlamento Italiano*, 1869, págs. 1536 y sigs.)

(3) Véase Lagrange, *Vie de Mgr Dupanloup*, tomo III, página 87.

(4) Pinard, *Mon Journal*, tomo I, pág. 236.

(5) Véanse los despachos del Sr. Nigra al general Menabrea, 7, 13 y 15 de diciembre de 1867 (*Documenti concernenti gli affari di Roma*, 1869).